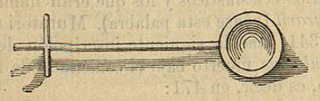
veniente en atribuirlo á un *cubicularius* eclesiástico. El mártir Jacinto, que murió en Cesárea, en Capadocia, de hambre, había sido *cubicularius* de Trajano (*Martyrol. Rom.*, III, jul.). En la colección de M. de'Rossi (t. I, página 9) tenemos el epitafio de un cristiano llamado PROSENES, que fué liberto de los emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero, y *cubicularius* de Cómodo, A CVBICVLO AVG. Los Santos Nereo y Aquiles eran *cubicularii* de Flavia Domitila, mujer de Flavio Clemente, cónsul y mártir bajo Domiciano, su primo (ídem, *Bull.* 1865, pág. 22).

Todavía debe citarse al mártir Gorgonio, que, siendo *cubicularius* de Diocleciano, convirtió á la fe, con auxilio de su colega Doroteo, á todos los ministros de la cámara de este Emperador. Las mujeres desempeñaban estas funciones cerca de las princesas ó de las personas de elevada clase (ídem, pág. 262, n. 612). Tenemos un epitafio del siglo IV que menciona una *cubicularia* cristiana: CVBICVLARIAE REGINAE..... (véase el artículo *Profesiones ejercidas por los primeros cristianos*).

CUCHARA LITÚRGICA (ΛΑΒΙΣ, *cochlear*).—Desde tiempo inmemorial los Griegos se sirven de una cucharita de oro ó de plata para distribuir la santa comunión. Puede verse aquí la forma de este instrumento: la reproducimos según Goar (ΕΥΧΟΛΟΥΙΟΝ, página 152). Con esta cuchara se dan á los eclesiásticos de segundo orden algunas gotas de la preciosa sangre, y á los laicos una partícula empapada en el cáliz. El uso del cáliz se reserva únicamente á los sacerdotes. La palabra λαβίς, que es su nombre griego, corresponde al latín *forceps;* y esto alude á la visión de Isaías, en la que un serafín saca del altar con un *forceps* un carbón encendido, con el cual toca los labios del profeta para purificarlos. Además, según la mística interpretación del patriarca San Germán, la cual es familiar á todos los Orientales, Cristo es un carbón divino y espiritual, que quema á los que, indignos ó temerarios, se aproximan á él. He aquí, según Arévalo, en su comentario á Sedulio (*Carmen pascale*, lib. III, v. 300), una cuchara que se cree haber servido también en la sinaxis. Representa á Nuestro Señor montado en la jumenta, asunto con frecuencia reproducido en nuestros monumentos cristianos (véase el artículo *Jerusalén*), pero que tendría aquí una significación muy especial para la santa Eucaristía. Recordaría, en efecto, al fiel que se acerca á este divino misterio, las palabras de San Mateo: «He aquí vuestro rey, que viene á vosotros lleno de mansedumbre, sentado en una jumenta» (XXI, 5).



El uso de la cuchara para la comunión

existe también entre los Coptos, los Etíopes, los Sirios, los Jacobitas y los Nestorianos, como se ve perfectamente en las *Liturgias orientales* publicadas por Renaudot.

Los Griegos atribuyen el origen de esta costumbre á San Crisóstomo. Es indudable que se remonta á una época muy lejana; porque como no hay una Iglesia en Oriente que no haya conservado esta práctica, se sigue de aquí que existía antes de la división de estas Iglesias. Y resulta evidentemente de los *Cánones apostólicos*, que se refieren á una época anterior al origen de los cismas; se encuentra en ellos una constitución que dispone que el diácono distribuya en presencia del obispo la comunión al pueblo, no como hacen el sacerdote y el obispo, sino según la forma adoptada por los ministros, es decir, con la cuchara, λαβίδι, *cochleari*. La historia de Santa María Egipciaca nos ofrece un conmovedor ejemplo de la costumbre que nos ocupa: se trata de la comunión administrada á esta célebre penitente por el santo abad Zósimo. San Sofronio de Jerusalén cuenta (*De Maria Egyptiaca*, c. XXI) que, «después de haber depositado en un pequeño cáliz una partecilla del cuerpo inmaculado y de la preciosa sangre de

Jesucristo, Zósimo se dirigió á las orillas del Jordán, á fin de dar á María los vivificantes

dones de los divinos misterios». Tenemos en un díptico griego muy antiguo, publicado por Paciaudi (*Antiquit. Christ.*, pl. enfrente de la página 389), la representación de este hecho tan interesante.

No son desconocidos los diversos personajes de la escena, porque sus nombres están escritos detrás de sus personas: Ὁ Ἅγιος Ζώσιμος, Ἡ Ἁγία Μαρία. Zósimo, teniendo el cáliz en la mano izquierda, presenta en la derecha con una cuchara las santas especies á María, que las recibe en sus manos cruzadas, según la antigua costumbre.

Las *Liturgias orientales* contienen todas las fórmulas de bendición respecto al λαβίς, que estaba considerado como un vaso sagrado (véase Renaudot. *Liturg. orient.*, I, página 329.)

El uso de la cuchara para la comunión fué siempre extraño á las Iglesias de Occidente. Se hace mención en el ceremonial romano (l. II, 34) de una cuchara de oro, pero no servía al Papa más que para poner el agua en el cáliz. Algunos documentos citados por Du-Cange (*Gloss. latin.* ad h. v.) suponen, no obstante, que se servían en la Edad Media y en determinadas fiestas de una cuchara de plata para colocar en la patena los panes por consagrar y para vaciar el vino del *scyphus* en el cáliz.

CUCHILLO EUCARÍSTICO.—Véase el artículo *Lanza*.

CUCURBITA.—Véase el artículo *Jonás*.

CUPELLA.—Un mármol de las catacumbas ofrece un ejemplo que sin duda no debió ser único, de la palabra *cupella*, empleada para designar un sepulcro ó *loculus* donde reposaban dos cadáveres de niños. He aquí el epitafio muy curioso, aunque abundante en solecismos é incorrecciones de todas clases: EGO SECVNDA FECI CUPELLA BONE ‖ MIMORIE FILIEM MEEM SECVN ‖ DINEM QVE RECESSIT IN FIDEM ‖ CVM FRATREM SVM LAVREN ‖ TIVM IN PACE RECESSERUND (Marchi, pág. 114), «Secunda ha hecho esta *cupella* á sus dos hijos, de feliz memoria: Secundina, que murió neófita, y Lorenzo, que con su hermana falleció en la paz», es decir, en el seno de la Iglesia por el bautismo (véase el artículo *In pace*). Fuera del cristianismo no existen ejemplos del diminutivo *cupella*; pero se conocen varios del término CVPA, que designa una urna cineraria encerrada en un nicho de un columbario (véase Doni. class., XI, 6.—Gruter, 845). (Véase el artículo *Loculus*.)

CURAS PÁRROCOS.—En los primeros siglos el pueblo cristiano estaba gobernado *inmediatamente* por los obispos (Justin. M. *Apolog.*, II.—*Can. apost.*, c. XV). Pero cuando el número de los fieles hubo aumentado, se construyeron en las villas iglesias rurales (*Can. apost.*, can. XXXVI), á las cuales estaban unidos un sacerdote ó un diácono, y el obispo continuaba administrando únicamente su ciudad episcopal. Tal fué la disciplina en los siglos IV ó V en Oriente. (Athanas. *Apol.* II *Ad. imp. Constantium.* — Epiphan. *Hær.* LXVIII, 4.— *Concil. Sardic.*, c. VIII); todavía es más antigua en Occidente, porque San Cipriano (l. I, *Epist.* V III, *et alib.*) menciona ya los *clérigos de la ciudad*.

En las grandes ciudades, además de la catedral, hubo desde el siglo IV otras iglesias que tenían su sacerdote propio ó su diácono, y esto lo mismo en Oriente (Athanas. *Epist. ad solitar.*) que en Roma (Anastas. *In Siric.*). Hasta el siglo V, las funciones de estos curas párrocos ó *cardenales* se reducían á distribuir al pueblo de su parroquia la instrucción religiosa, y á informar al obispo de todo lo que interesaba al gobierno de la Iglesia. Hasta entonces la administración de los sacramentos y la liturgia del sacrificio no se celebraban sino en la iglesia catedral (Athanas. *Apol.*, II. *Ad imp.*). Cuando el Bibliotecario Anastasio (*In Marcellum*) dice que Marcelo á principios del siglo IV estableció veinticinco *títulos* en Roma para el bautismo y la penitencia de aquellos que se convertían del paganismo, *propter baptismum et pœnitentiam*, debe entenderse únicamente por la instrucción preparatoria de estos sacramentos. En la misma Iglesia griega, la *instrucción* para la penitencia, διδασχαλία, fué confiada á los sacerdotes-cardenales (Chrysost. ap. Thomas. *V. et N. Eccles discip.*, t. II, página 3); el obispo delegaba en ellos el simple poder de significar la penitencia á los fieles de su parroquia, y también las excomuniones emanadas de la autoridad episcopal (*Conc. Antioch.*, c. VI, *et Balsam. in hunc can.*).

En los comienzos del siglo V, habiéndose aumentado el número de los fieles de tal modo que la catedral no podía bastar para todos, se introdujo la costumbre de repartir la santa Eucaristía entre los *títulos* de la ciudad. Después de la celebración de la liturgia, el obispo enviaba con los diáconos el santo Sacramento á los titulares ó curas párrocos, y éstos lo administraban á sus ovejas (Innoc. I. *Epist.* I *ad Decent*). En este sentido conviene entender el pasaje de Anastasio donde habla del «pan», *fermentum*, que según una constitución de San Siricio (Anast. *In Siric.*, V), los sacerdotes-cardenales debían recibir del obispo para *celebrar la misa*. Bianchini (*Not. in Anast. in Vit. Siric.*) prueba con numerosas é irrefutables autoridades, que se trata aquí de la santa Eucaristía que los sacerdotes de los diferentes títulos de la ciudad debían recibir de su obispo. Una inscripción recientemente descubierta en Viena (Isère), entre los actos de piedad del sacerdote Marino, elogia sobre

todo su asiduidad en distribuir á los pueblos la santa Eucaristía (Le Blant., n. 421). HOC IACET IN TVMVLO SACRA QVI MYSTI || CA SEMPER DIVISIT POPVLIS.

Del mismo modo, hasta la época de que hablamos, los obispos delegaron poco á poco en los curas párrocos el poder de *reconciliar* á los penitentes en caso de necesidad y á los herejes en peligro de muerte, pero solamente en ausencia del obispo (*Conc. Carthag.* III, c. 32-36.—*Conc. Araus.* I. c. 1); de excomulgar los fieles de su parroquia (Hieron. *Epist. ad Heliod.*—Augustin. *Epist.* CCLV), en virtud de una sentencia del obispo; de visitar á los enfermos y de administrarles el sacramento de la extremaunción (Innoc. I. *Epist.* VIII. *Ad episc. Eugub.*); de bendecir las casas privadas, tanto en la ciudad como en el campo (*Conc. Rejense*, an. 479). Además, como estaban obligados á celebrar en sus propias iglesias la liturgia salmódica (véase el artículo *Liturgia*), les correspondía elegir los *salmistas*, ó sea los clérigos cantores (*Concil. Carthag.* IV, c. 10); y desde el siglo VII aumentaban ó disminuían á su placer el número de sus clérigos, segun las rentas de sus iglesias (*Concil. Emerit.* an. 666, c. 18), porque tenían necesidad del auxilio de cierto número de clérigos, atendiendo á que desde el siglo VI celebraban en sus propios *títulos* la liturgia del sacrificio en toda su integridad. Además decían alguna vez dos misas, una en su propia iglesia, la otra en algun oratorio comprendido en la circunscripción de su parroquia, y esto para satisfacer á la multitud de fieles. Desde entonces los obispos, considerando decididamente á los curas párrocos como los cooperadores de su obra episcopal (*Concil. Aquisgr.* II, 5), les entregaron la instrucción de los clérigos afectos á su título, y colocaron bajo sus órdenes á los sacerdotes de su parroquia respecto á todo lo concerniente á la liturgia (Capit. Car. Magn., l. V, c. 49-50) y la inhumación de los muertos (Hincmar. Rem. *Capit.*, t. II, c. 49). Debemos terminar aquí este estudio, que ha traspasado los límites de la antigüedad propiamente dicha (véanse los artículos *Títulos* y *Parroquias*).

D.

DALMÁTICA.—La dalmática es un vestido sagrado (Georgii. *Liturg. Roman. pontif.*, l. I, c. 22) usado por la Iglesia desde la más remota antigüedad. Los Romanos la habían tomado de los Dálmatas, y se adoptó como vestido de distinción desde el siglo II. La Iglesia lo aceptó á su vez. Cree Visconti (*De apparat. miss.*, l. III, c. 25) que la aplicación de este vestido á las costumbres eclesiásticas es anterior á San Silvestre, y Andrés du Saussay es de la misma opinión (*Panopl. episc.*, l. VI, c. 3 y 4). Sábese, en efecto, que San Cipriano iba vestido con la dalmática cuando fué al martirio. La dalmática era muy larga, extendiéndose hasta los talones: tenía anchas mangas que llegaban solamente al codo; en un principio fué siempre de color blanco. Después se la adornó con bandas de púrpura á ambos lados del pecho (Isid. Hisp. *Orig.*, l. XIX, c. 21). Pueden verse dalmáticas casi iguales al tipo primitivo en varios mosaicos de las basílicas romanas (Ciampini. *Vet. monim.*, II, tab. XXII-XLVII *et alibi*), y todavía mejor en un vaso de fondo de oro publicado por Boldetti (*Cimit.*, pág. 202), en el cual se ve un personaje que agita un *flabellum* alrededor de la cabeza de un niño sentado sobre las rodillas de su madre (véase este vaso en el artículo *Matrimonio*, II). Aquí la dalmática está lujosamente adornada y tiene en los hombros *calliculæ* que llevan una pequeña cruz. No podemos citar, en este género, nada más antiguo. Un bajo relieve de la iglesia de Santa María della Valle en Cividale, en el Friul, monumento del siglo VIII, representa personajes vestidos con dalmáticas que no se separan de la forma primitiva (véase Mozzoni. *Tav. cronol. sec.*, VIII, pág. 96).

En toda la antigüedad la dalmática fué uno de los vestidos del soberano pontífice cuando oficiaba de pontifical. Juan el Diácono (*Vit. S. Greg.*, c. 84) menciona la dalmática de San Gregorio el Magno (véanse además los órdenes I, III y IV). Muy pronto concedieron los Papas su uso á los obispos en señal de distinción y recompensa; éstos la solicitaban á veces de la Santa Sede, ya para ellos, ya para sus diáconos, cuyas funciones fueron importantísimas en la primitiva Iglesia. Esto es lo que parece desprenderse de una carta del Papa Zacarías á Austroberto, obispo de Viena (*Biblioth. vet. Floriac.*, pars. III, Lugdun., 1605): *Dalmaticam usibus vestris misimus, ut quia Ecclesia vestra ab hac sede doctrinam fidei percepit, et morem habitus sacerdotalis, ab illa etiam percipiat decorem honoris.* Aquí el envío de la dalmática se representa como una señal de comunión de una Iglesia particular con la Iglesia romana. Por análogo motivo la concedió San Gregorio á San Arey, obispo de Gap, y á su arcediano (Greg., lib. VII, epist. 112, ind. II).

Vese, por lo expuesto, que en la Galia, mientras la liturgia galicana estuvo en vigor, es decir, hasta Adriano I, los diáconos no usaban sin un privilegio del soberano pontífice, la dalmática, sino solamente el alba y la estola (véase Martène, *Anecdot.*, t. V, pág. 90). En esta época era el distintivo especial de los diáconos de la Iglesia romana, que parece la recibieron del Papa San Silvestre en sustitución del *colobium*.

Pero hasta el siglo V parece que estuvo reservada á los obispos y á los sacerdotes de otros puntos que no fuera Roma, donde la llevaban los diáconos. El Papa Sinmaco la concedió á los diáconos de la iglesia de Orleans (*Vit. Cæsar Arelat.*, I, c. 21.—Cf. Pellicia, I, página 201), y en el siglo VI fué cuando se concedió su empleo, en general, para todos los diáconos.

Los obispos han conservado la costumbre de usar la dalmática debajo de la casulla en la misa pontifical (véase Ciampini. *De sacr. ædif.*, tab. IV.—Asunto grabado en nuestro artículo *Casulla*), y unos sacerdotes, dice Valfrid Strabon (*De reb. eccl.* c. XXIV), se creyeron en otra época con derecho á hacer lo mismo, sin que se sepa fuesen reprendidos ni por el Papa ni por los obispos (Boquillot. *Liturg. de la messe*, pág. 146).

En los monumentos antiguos se ve empleada la dalmática por cualquier personaje, y aun por mujeres, como vestido ordinario; y no es raro que se la confunda, ya con la simple túnica, ya con el *colobium*. He aquí un ejemplo tomado de un fresco del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro, *inter duas lauros* (Bosio. *Rom. sott.*, pág. 377). El *colobium* y la dalmática son túnicas talares; pero la dalmática tiene las mangas anchas, la túnica ordinaria las tiene estrechas, y el *colobium*, ó carece de ellas, ó las tiene muy cortas, llegando al codo todo lo más (véase Rubenius. *De re vestiar.*, passim, y los grabados de nuestro artículo *Colobium*).

DANIEL.—La historia de Daniel es una de las que los primeros cristianos han reproducido con más frecuencia en los monumentos de todas clases.

1.° Sábese que este profeta había envenenado al dragón de los Babilonios (Dan., XIV, 22), la sagrada serpiente que era adorada, no sólo por este pueblo, sino también por los Egipcios, los Tirios y aun otras naciones, al decir de Herodoto (l. II, 44 y 45). Debemos indicar desde luego los monumentos bastante raros que se refieren á este primer asunto. Figura, en primer término, un sarcófago del cementerio del Vaticano (Bottari, tav. XIX.—Cf. Aringhi, I, 289). Vese allí á Daniel, vestido con la túnica y el pallium, y de pie delante de un altar, del cual se elevan unas llamas, presentando con las dos manos extendidas al dragón, que se enrosca alrededor de un árbol colocado detrás del altar, aquellas especies de pasteles que él había compuesto con pez, manteca y cera (Dan., XIV, 26), con objeto de matar al dios, como se propuso conseguirlo, *sin espada* y *sin bastón* (vers. 25).

Esta composición es de un gusto tan puro y tan conforme con las mejores tradiciones del arte antiguo, que ha hecho suponer al doctor Labus que no pudo ser concebida sino por un artista cristiano del siglo III, que debió tomar el modelo del reverso de una medalla de Conmodo que representa una serpiente rodeando un árbol con los pliegues de su cuerpo, mientras que se le ofrecen libaciones en un altar. El mismo asunro se encuentra en un sarcófago de Verona (Maffei. *Verona illust.*, part. III, pág. 54), pero con algunas variantes: aquí la serpiente no está enrollada alrededor del árbol; parece salir de un templo, delante del cual hay un altar. Un sarcófago de Arlés (Musée, n. 17) presenta la escena de una manera poco diferente. Daniel está representado antes del suceso: levanta la mano derecha hacia el cielo, en señal de invocación, sin duda, y la serpiente está detrás de él, al pie de un altar.

Un fondo de copa publicado la primera vez por el P. Garrucci (*Vetri.*, III, 13), representa este hecho con el interesante detalle de que el Redentor está figurado detrás de Daniel, quien en el acto de ofrecer la mortal pasta al dragón que sale de una caverna, se vuelve hacia el Salvador, de quien es figura y de